

ENSAYOS

COMENTARIOS ACERCA DE LAS LLAMADAS FRONTERAS DE LA ARQUEOLOGIA: UNA CONSIDERACION
DE LAS NUEVAS CORRIENTES TEORICAS DE LA ANTROPOLOGIA

Mario A. Rivera

En los recientes números del Boletín que edita la Sociedad Chilena de Arqueología, han aparecido últimamente con cierta insistencia, artículos en relación a aspectos teóricos que maneja la investigación arqueológica y que tienen evidentes relaciones con el quehacer científico actual. Abusando de la paciencia de mis colegas, desde la distancia quisiera entregar un acercamiento muy personal a esta problemática.

Como todos los arqueólogos, también tengo cierta debilidad por organizar datos a través del tiempo, especialmente tratándose de aquellos que dejan una estela de productos importantes sobre los que se va configurando ya sea un pensamiento, ya sea una experiencia, que como tal, llega a ser trascendental. Además, fechas y secuencias no dicen nada si no son vistas en torno a lo que representa en su época, en su momento, a través de un análisis horizontal, - que necesariamente se concatena con el sentido vertical de evolución y desarrollo que conlleva una secuencia.

Así, los últimos veinte años, trascendentales en el desarrollo de la Arqueología Chilena, y en su relación e impacto con las arqueologías de los países vecinos, han constituido el marco referencial principal para quien ha tenido la ventaja de haber observado el inicio de corrientes, transformación de escuelas, confirmación de estudios, proyectos de largo alcance, y, muy importante, testigo de la génesis desarrollo y plasmación de lo que ha constituido la enseñanza y trasmisión de lo que experimenta y aprende, a las nuevas generaciones.

Cuando en 1979, un reputado arqueólogo publicó un artículo sobre el rol de la Antropología en Chile y, posteriormente, el Boletín de la Sociedad Chilena de Arqueología en sus números 4 y 5 dan a conocer otras opiniones relevantes a este desarrollo, no puedo menos que comentar algunos de estos aspectos.

En Mayo de 1981, desempeñándome en USA como Profesor Fulbright y conjuntamente realizando una estadía de post doctorado como Fellow de Dumbarton Oaks, tuve la suerte de asistir a una conferencia dictada por Kent Flannery en el marco de la 46a. Reunión Anual de la Sociedad Americana de Arqueología en San Diego. Flannery vertió allí conceptos fundamentales acerca de los momentos actuales del desarrollo de la Arqueología americana, que posteriormente fueron re planteados con ocasión de una nueva conferencia dictada por él unos meses después en la reunión anual de la Sociedad Americana de Antropología en Los Angeles. El trabajo producto de estas situaciones apareció finalmente publicado en American Anthropologist (Flannery 1982).

Hago esta relación porque el contenido de sus comentarios me recuerda inmediatamente a aquellos que plantea J. Berenguer en sus recientes intervenciones. En efecto, las fronteras de la arqueología señaladas por Berenguer y otros comentaristas, no son, por cierto, tan nuevas ni, evidentemente, comunmente aceptadas por congéneres arqueólogos. Y esto, por la naturaleza de los cambios y el énfasis que se propone. En términos generales y teóricos, no podemos desconocer los avances en la interpretación arqueológica, donde destacan las enseñanzas de Binford, con su ya clásico Numamiut Ethnoarchaeology (1973) y más recientemente Gould, con su estudio sobre los aborígenes australianos, y Longacre con los Kalinga de Filipinas. Estos ejemplos han servido de puntos de partida en esta nueva problemática.

Por otro lado, ¡cuán importante es que cada arqueólogo, como hombre de ciencia, reconozca la trayectoria que, basada en la experiencia, puede recorrer! Esto que parece casi siempre como confuso y nimio, es importante por cuanto entrega todo un potencial que debe ser reconocido a través de las capacidades individuales. Pero a cada etapa, una posición, y a cada momento, una experiencia particular. No olvidar que es imposible teorizar sin haber recorrido un camino de experiencia práctica que, en arqueología, se llama práctica de terreno, análisis, datos y resultados. Es imposible interpretar, y menos aún proponer modelos sin dominar las eta

pas previas. Y esto, aunque doloroso y atrevido, no lo cumplen muchos "arqueólogos", que hoy aparecen teorizando y dirigiendo corrientes más bien conductistas y efectistas que realmente científicas.

K. Flannery es cáustico al respecto, y reconoce esta falencia en el desarrollo de la arqueología americana, como un signo característico de los tiempos. Pero tanto a ellos como en nuestro caso chileno convendría aplicar la norma de: "ubicarse primero antes de opinar". A este respecto, las tres generaciones de arqueólogos que plantea Flannery, en evidente antagonismo de intereses y fidelidad científica, encuentran réplica en el resto del continente.

Esta situación, que va desarrollándose paralelamente a la complejidad que deriva la propia Antropología, plantea problemas de fondo en lo que puede denominarse la concepción misma del quehacer antropológico. Esta situación también ha sido motivo de preocupación de E. Wolf (1980, 1984), M. Bloch (1977), J. Friedman (1987) y de tantos otros. De igual forma, esta situación también se plantea en nuestro propio medio y, a través de los últimos congresos, y la lectura de los recientes boletines de la Sociedad Chilena de Arqueología, se puede claramente identificar este momento que vive nuestra disciplina.

De tal manera que, a la luz de los trabajos y comentarios en referencia, dos aspectos me parecen necesarios de abordar en esta oportunidad. Por un lado, el carácter y naturaleza de lo que hoy se va entendiendo por arqueología, incluido el rasgo decisivo de como entender el concepto de cultura. Diversas opiniones que se manejan en el ámbito científico irán orientando esta discusión. Y, en segundo lugar, es interesante también acercarnos a algunas ideas que se manejan desde la perspectiva antropológica, respecto del cambio cultural en amplio sentido. Estos dos aspectos, tienen a su vez, enormes proyecciones en rasgos más concretos en que se desarrolla la ciencia; v.g. la identificación y valoración de las tradiciones culturales a través del tiempo, la relación Etnografía-Arqueología, el rol de la Antropología y de la Arqueología, y la eventual formación de nuevos profesionales en la trasmisión del conocimiento y experiencia de la disciplina antropológica como medida de asegurar la continuidad de los estudios.

Con estas ideas de trasfondo, paso a exponer mis puntos.

En un notable artículo, publicado por The New York Times en Noviembre de 1980, E. Wolf señala, a propósito de la 79a. reunión anual de la Asociación Americana de Antropología, que la complejidad que toman los estudios antropológicos en la actualidad, desde computación, manejo de base de datos, a análisis ecológicos, etnográficos o históricos, estudios biológicos y genéticos, políticos y socio-culturales, económicos y lingüísticos, todos los cuales incluyen otra complejidad en el desarrollo de modelos de interpretación y variedad de métodos. En la práctica, igualmente el antropólogo trabaja y aconseja en problemas de salud, educación, servicio social, política, agencias de gobierno y de desarrollo, y aún en productores de películas y otros medios de comunicación. Pero todo esto significa también una estructuración interna de una ciencia que ya madura. Los Congresos, y especialmente aquellos organizados a través de muchos años, demuestran que ahora se trata de grandes empresas con confluyentes intereses multifacéticos. En este aspecto pareciera que estas reuniones y aún muchas organizaciones y sociedades científicas se organizan mas bien por lo que sus miembros hacen y dictaminan que por lo que la organización puede hacer por ellos, tal como eran en las etapas anteriores. Ahora son los socios y sus intereses los que están por encima de los intereses de la organización como tal. Estas nuevas acepciones y prácticas tienen preocupado a la comunidad antropológica -¿hacia dónde va la Antropología? ¿Lleva esto implícito un cambio en el concepto de cultura, del viejo concepto de cultura?. Flannery es muy perceptivo al respecto y en su artículo de American Anthropologist (1982) señala este contraste tan dramático en la perspectiva de un viejo arqueólogo versus un arqueólogo de los años 60. Pero al mismo tiempo, no todo es, desorientación. La disciplina se ubica en torno a problemas básicos, como aquellos de la naturaleza de la especie humana, sus variabilidades, y sus vigencias actuales y futuras. Nuestro gran problema como profesionales antropólogos es buscar ahora, dentro de esta complejidad, la articulación y coherencia armónica para su desarrollo, y lograr así mejores perspectivas. Pero esta misma dicotomía ya aflora en nuestro propio ambiente. Esto requerirá de un nuevo acercamiento, de un nuevo desafío y de una nueva preparación para acometer este nivel cada vez más exigente.

Un aspecto importante en relación a la vigencia de la Arqueología en tiempos actuales, lo encontraremos indirectamente, en el papel magnético que asume la Antropología como ciencia que engloba la Arqueología. En entrevista hecha por Friedman (1987) a E. Wolf, éste sostiene que las recientes aproximaciones de LeRoy Ladurie (1966, 1975) o de C. Geertz (1980) tienden a buscar objetos etnográficos en el pasado, asignando a Wolf una tarea mas bien de historiar la cultura a encontrar, que la cultura, y en especial la llamada cultura conservadora de los campesinos, no cambia y no tiene proceso. Discusiones similares encontramos en M. Bloch, R.

Firth, C. Levi-Strauss, en oposición a algunos marxistas y conductistas.

La Arqueología, por otro lado, ha tratado de desarrollar en esencia, interpretaciones acerca de los valores que permiten llegar a un cambio social en donde está involucrado con un sentido histórico hacia el pasado. De allí que Bloch (1977), al tratar el problema del cambio en relación al tiempo, nos hace notar la ambivalencia desde el punto de vista del actor y su tiempo, y hasta cierto punto, cómo el actor puede cambiar estos términos, que en definitiva, es el rasgo más determinante. Esto, en oposición a aquellos modelos que sencillamente no toman en cuenta los mecanismos del cambio en relación al tiempo de los actores. De esta variabilidad tan enorme, depende que el cambio pueda ser interpretado con cierta acción significativa. Pero, evidentemente, los modelos desarrollados para interpretar el cambio cultural, una connotación que necesariamente lleva implícita la noción de tiempo, ha sido y es una preocupación de la Arqueología, que en sentido más amplio, genera un problema de interés antropológico. Guardando las respectivas distancias, es este un problema que también señala L. Núñez en su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Historia, al destacar la idea de los viejos problemas de la Arqueología y la Museología nacional en su perspectiva al futuro, tras tocando desde adentro la funcionalidad del tiempo en el desarrollo de la disciplina. En otras palabras, haciendo suyo el concepto del tiempo en el cambio de la arqueología nacional, fenómeno justo cuando se trata del actor del cambio, aunque discutible en sus juicios de los cuales también ha sido y es actor responsable.

Pero Bloch en su aporte va, ciertamente, mucho más allá. Su concepción señala que la naturaleza en la interpretación del problema del cambio, es fundamentalmente social y cumple, por lo tanto, una función social. Evidentemente se trata de un postulado durkheimiano. Pero paralelamente, también es posible argumentar que aquellos conceptos que se incorporan en una estructura social no son típicos del conocimiento y obedecen más bien al discurso ritual, a diferencia de aquellos conceptos no rituales restringidos por factores debidos a la naturaleza de la acción humana. En la visión de Bloch hay por lo tanto, términos disponibles para los actores que pueden ser objetados en relación al orden social, precisamente porque no todos los términos están modelados por éste. De allí que es interesante la correlación entre sociedad y cognición en términos durkheimianos, y destacar que ella se da en términos de ciertos juicios éticos y determinados aspectos cognitivos. Así también, esta relación y su interpretación varía de acuerdo al énfasis que cada sociedad ejerce en sus propias jerarquías. De allí surge la importancia de la conceptualización del tiempo como un aspecto importante de la teoría antropológica y, por ende, de la arqueología también, con ciertas proyecciones al momento actual.

En relación a otros aspectos también señalados en las publicaciones del Boletín que comento, creo interesante referirme muy brevemente a las corrientes en boga en relación al concepto de cultura. Por un lado, los materialistas, que consideran el estudio del comportamiento observable y que involucra acciones concretas. Por otro lado, aquellos que estiman más importante la fundamentación mental del significado de la acción cultural desarrollada. Alexander Lesser (1961) en su artículo Social Fields and the Evolution of Society, ha entregado diversos puntos de vista sobre la interpretación que pudiera desarrollarse a partir de dos realidades históricas, como la difusión y el préstamo cultural. Sin embargo, desarrollando posibles interpretaciones, puede llegarse a caminos totalmente utópicos o irreales, si sólo se confronta por ejemplo, el aspecto material resultante de hachas de mano del Paleolítico Superior con similares herramientas en otros contornos.

Un aspecto importante en sus aportes es, por ejemplo, incorporar los aspectos de influencias interdependientes entre sociedades o grupos sociales más bien que considerar el préstamo y la difusión como una relación entre un grupo social dado y su agregado. Esta interdependencia confiere una proyección diferente en el análisis e interpretación del cambio social, en la valoración cultural del cambio y en el sentido teórico de la difusión y el préstamo cultural. Y por supuesto que, aunque dependiente de un análisis teórico también tiene implicancias en aspectos arqueológicos/culturales, cuando tratamos de interpretar, por ejemplo, el sentido de configurar áreas marginales y áreas nucleares en el desarrollo Tiwanaku; o cuando tratamos de interpretar regiones como el área de Arica como parte constitutiva e integrada en las relaciones interdependientes con el núcleo durante tiempos Tiwanaku. El valor del desarrollo de una estructura ideológica común, como universal cultural de ambas áreas en un tiempo definido como Tiwanaku hace posible comprender ambas áreas como parte de un todo.

La idea de concebir sistemas cerrados es también parte de la historia de la Antropología, y muchos de nosotros no somos consecuentes con esto. Esta es una idea superada, y sin embargo, vemos que aún es aplicable en muchas de las interpretaciones arqueológicas de fenómenos que evidentemente reclaman de una visión más moderna. Vemos aquí, nuevamente repetida una interrelación rica entre Antropología y Arqueología. Y precisamente de aquí surge la preocupación de Lesser por definir campos de relaciones sociales, una preocupación que muy rara

vez toca nuestra Arqueología.

En este punto, me parece muy importante destacar la esencia y necesidad de relacionar el presente al pasado. La célebre obra de Malinowski, sus observaciones referente a la kula, no hacen sino reflejar la incidencia del pasado en el presente. De allí que la contraposición de Arqueología frente al presente, no puede ser entendida en términos antagónicos, pues desdice toda la naturaleza del proceso histórico y la esencia de la experiencia humana a través del tiempo, reflejada y cristalizada en la situación actual.

La interpretación de la noción del cambio cultural como concepto es fundamental, tanto en Arqueología como en Antropología. Las distintas tendencias y escuelas están propensas a estandarizar la interpretación del mecanismo, sin realzar la figura de los actores como protagonistas del cambio. Es claro que se trata de una conceptualización altamente compleja que necesariamente debe atravesar por etapas intermedias de desarrollo en el intento de lograr una apreciación mejor del problema. Así, para Radcliffe Brown existe una disociación entre estructura social y comportamiento humano, de tal suerte que, la sociedad, por esencia no es afectada por el cambio. Recientemente he visto una revitalización a manera de reacción a conceptos de esta naturaleza, al indicarse la ambivalencia comportamiento y cambio, como dos niveles interrelacionados capaces de ser diferenciados en la sociedad humana. Algunos marxistas criollos también hacen referencia a dos categorías similares, destacándolas a nivel de estructura (super e infra). La infraestructura sin embargo, es interpretada como un fenómeno externo a los conceptos desarrollados por los actores, de manera que difícilmente pueden proponer cambios significativos en el modelo social.

Podríamos seguir enumerando otros intentos en el desarrollo del concepto, como la diferenciación interesante que propone R. Firth entre organización social y estructura social, y el surgimiento del cambio como respuesta al desajuste sistemático en la interacción de ambas realidades. Pero también hay aquellos que niegan la posibilidad de cambio si éste se produce sólo en la estructura social, por lo que el cambio no representa un cambio radical. E. Leach por otro lado, nos introduce un tercer nivel, aquel del interés personal, muy similar al de "organización social" de Firth, además de dos niveles precedentes concretados por el nivel común de significados compartidos y el nivel de reglas que desarrolla y comparte un grupo social determinado desde adentro. Pero a juicio de M. Bloch, en esta organización cualquier cambio no representa un cambio fundamental en el sentido de creación, de la misma manera que ocurre en los niveles propuestos por Firth.

Hemos dicho que cuando los cambios son concebidos a nivel de la infraestructura, en un modelo en el que es relevante la determinación social de los conceptos, las decisiones recaen fuera del dominio de los actores, y por tanto, extrañas al grupo social. En estas condiciones, una de las tareas más urgentes del antropólogo en la actualidad es lograr comprender y desarrollar un concepto teórico capaz de precisar el ámbito en el que se desarrolla el cambio. Hasta el momento se trabaja en ello, y se proponen aproximaciones teóricas aunque no todo ello sea suficiente. Lo prueba la incapacidad de la especie humana para advenir a los cambios violentos y radicales que el mundo moderno está sobrellevando y en el que los antropólogos, de alguna manera, han tenido participación.

Esta es una tarea, y más que ello, un reto, que la Antropología debe tomar con responsabilidad, estudiando la teoría del cambio por un lado, compartiendo constructivamente los logros alcanzados, transmitiendo y preparando a las futuras generaciones en esta orientación. Por ello, el debate suscitado en esta publicación me parece altamente significativo e importante.

Aunque sólo he tocado en forma incompleta y deficiente dos aspectos de los muchos involucrados en los estudios antropológicos, esta comunicación se torna demasiado larga. Espero que este diálogo sea el comienzo en la producción de otros nuevos intercambios, que de alguna manera aseguren la posibilidad de discutir nuevas inquietudes porque comunicándonos se avanza, y uno de los aspectos fundamentales en el desarrollo de la ciencia es la discusión de sus resultados.

Referencias:

- Berenguer, J., 1986 Nuevas Fronteras de la Arqueología. Boletín Sociedad Chilena Arqueología, N. 3, Santiago.
- Binford, L., 1973 Nunamiut Ethnoarchaeology. Academic Press.
- Bloch, M., 1977 The Past and the Present in the Present. MAN, Vol. 12(2): 278-292.
- Flannery, K., 1982 The Golden Marshalltown Trowel: A parable for the Archaeology of the 1980's. American Anthropologist 84:265-278.

- Friedman, J., 1987 An Interview with Eric Wolf. *Current Anthropology* 28(1): 107 y ss.
- Geertz, C., 1980 *Negara: The theatre state in nineteenth century Bali*. Princeton University Press.
- LeRoy Ladurie, 1966 *Les paysans de Languedoc*. C.R.H., Ecole Practique des Hautes Etudes, Vie. Section S.E.V.P.E.N., Paris.
- 1975 *Montáillon, village occitan de 1292 a 1324*, Paris.
- Lesser, A., 1961 *Social Fields and the Evolution of Society*. *Southwestern Journal of Anthropology* 17(1):40-48.
- Wolf, E., 1980 They divide and subdivide, and call it Anthropology. *The New York Times*, Sunday Magazine, Nov. 30.
- 1984 *Culture: Panacea or Problem?* *American Antiquity* 49(2): 393-400.